

Gnosis
Conocimiento de lo oculto
La gnosis judía y cristiana explicada por sus textos

Antonio Piñero

E D I T O R I A L T R O T T A

CONTENIDO

<i>Nota preliminar</i>	9
<i>Siglas</i>	13
<i>Introducción</i>	17

LA GNOSIS JUDÍA Y CRISTIANA EXPLICADA POR SUS TEXTOS

A. Qué es la gnosis	59
B. Qué es y cómo se autodefine el gnóstico. Precisiones al relato básico del gnosticismo	71
C. Primeros principios	83
D. Cosmogonía/cosmología	175
E. Antropología	225
F. Doctrina sobre el Salvador y la salvación o soteriología	269
G. Escatología: doctrina sobre el final del universo y el destino del ser humano	323
H. Ética. Modo de vida del gnóstico	359
I. Comunidad, culto, sacramentos	379
<i>Epílogo</i>	419
<i>Bibliografía</i>	421
<i>Índice de autores antiguos paganos y cristianos</i>	423
<i>Índice de citas del Antiguo y Nuevo Testamento</i>	425
<i>Índice de textos gnósticos</i>	429
<i>Índice de temas recurrentes</i>	439
<i>Índice general</i>	443

INTRODUCCIÓN

I. PRELIMINARES SOBRE LA GNOSIS

Distingo con el común de los estudiosos entre «gnosis» y «gnosticismo». «Gnosis» es un vocablo griego que significa «conocimiento» en cuanto opuesto a «ignorancia»; es el sustantivo del verbo griego *gignósko*, que significa conocer. En la historia de las religiones suele entenderse por gnosis el conocimiento de lo divino que trasciende la fe religiosa común, ya que tal conocimiento es directo: procede de la divinidad o divinidades por revelación de estas. La revelación puede ser directa, a un individuo concreto, o indirecta. En este caso, es un grupo el que la recibe por medio de la enseñanza inmediata de alguien, por lo general un maestro «gnóstico». Este último vocablo es un adjetivo derivado de gnosis y significa «el que conoce», el «conocedor». Por tanto, la gnosis es un conocimiento directo de temas religiosos que el gnóstico cree absolutamente real y cierto, precisamente porque ha sido recibido por una revelación divina.

Como precisión al concepto un tanto vago de «gnosis», el término «gnosticismo» fue acuñado en el siglo XVIII, y con él se designaron los sistemas religiosos, tanto judíos como cristianos, que a partir del siglo II d. C. produjeron sus propios escritos. Estos podían ser «esotéricos», para el interior del grupo, o «exotéricos», para el exterior, como vehículo de propaganda de sus ideas. Por tanto, si la gnosis es un conjunto de ideas o sentimientos religiosos, el gnosticismo será normalmente su plasmación por escrito.

La gnosis y el gnosticismo no suelen desarrollarse por sí mismos, sino que surgen en el seno de religiones ya constituidas que tienen escritos sagrados al alcance de todos sus creyentes. El conocimiento revelado, la gnosis, sirve para comprender bien tales escritos sagrados. Los que no

son gnósticos tienen de ellos un conocimiento superficial, los comprenden mal o, sencillamente, no los entienden en absoluto. La buena y recta comprensión de los textos sagrados, junto con la de la divinidad que los ha revelado, es el conocimiento de lo oculto para el común de los mortales. Para el gnóstico común, que no gozaba de revelaciones especiales, la comprensión correcta de los textos sagrados se lograba por intermediación, asistiendo a las sesiones de enseñanza de un maestro gnóstico, o bien por la lectura de algún texto que explicara la interpretación correcta, pero soterrada, oculta, de los escritos sagrados.

El formato más apropiado para un escrito gnóstico, esotérico o exotérico, es el de una epístola o tratado, compuesto por un maestro y destinado a circular entre los conventículos gnósticos que medraban al socaire de las comunidades cristianas. El gnóstico Ptolomeo, en su Carta a Flora, describe cómo era el tenor de estos escritos:

Me he esforzado, hermana mía Flora, en glosarte estas ideas en pocas palabras; las he expuesto sucintamente, pero al mismo tiempo he desarrollado el tema con suficiente precisión. Estas ideas te serán de gran utilidad en adelante, si las recibes como recibe una tierra buena y fértil las semillas fecundadoras, mostrando luego sus frutos (PtoFl 7,10: MT II 343).

La gnosis, como fenómeno religioso general, es un movimiento espiritual que se repite en tiempos, culturas o religiones diversas. Por ejemplo, la gnosis islámica es el sufismo; la gnosis hindú está recogida en las Upanishads; hay muchos aspectos gnósticos en el maniqueísmo y el mandeísmo; la cábala en una gnosis medieval judaica. En el catarismo hay también claras reminiscencias gnósticas. Ahora bien, la gnosis considerada en este libro es la que afecta en el ámbito occidental especialmente al cristianismo, aunque su procedencia sea estrictamente helenística o judía o una mezcla de ambas. Me centro, pues, en la gnosis occidental, esotérica, cuyos inicios se hallan —creo— en el pitagorismo y sobre todo en el platonismo vulgarizado, el judaísmo periférico y el judeocristianismo librepensador de los siglos I-III. Por tanto, no considero en esta explicación la gnosis oriental.

Según algunos observadores, la gnosis occidental sigue viva hoy día, por ejemplo, en movimientos como la New Age, en la espiritualidad tras el pensamiento en torno a la Era de Acuario, en el nuevo «espiritualismo», la «teosofía» o movimientos similares. La comparación con la gnosis antigua occidental judeocristiana ayudará a precisar qué le deben estos movimientos a esta gnosis y qué aportan los nuevos a la antigua sin que se diga expresamente.

Es difícil exagerar la importancia que la gnosis, como movimiento o atmósfera religiosa, tuvo en los siglos I y II de la era cristiana y su po-

sible influencia en la teología del Nuevo Testamento, sea como aceptación de algunos de sus principios, sea como rechazo. Baste pensar que Pablo en su 1.^a Epístola a los Corintios lucha contra gnósticos cristianos de la comunidad de esa ciudad, que negaban una futura resurrección del cuerpo y reconocían como única resurrección posible la del espíritu, que habría tenido ya lugar en la vida actual del gnóstico verdadero. Igualmente, la Epístola a los Colosenses, compuesta por un discípulo de Pablo, presupone la existencia de una gnosis judeocristiana en el seno de la comunidad, que atribuía a Cristo la obra salvadora, pero exigía que se honrara con él al resto de las potencias divinas que forman parte del «pleroma» o «plenitud» de la divinidad (los llamados «elementos del mundo» de 1,19 y 2,9). Las Epístolas Pastorales, o Comunitarias, escritas también por discípulos de Pablo de segunda generación, aluden a doctrinas gnósticas que invaden la comunidad, a las que caracterizan como enseñanzas erróneas. Las Pastorales prohíben las discusiones teóricas con los gnósticos, ya que no conducen más que a estériles disputas, y oponen a la expansión del error gnóstico el valladar de la «sana doctrina» de la Iglesia. En el Apocalipsis el autor lucha contra los gnósticos nicolaítas, que creen conocer las «profundidades de Satanás» —es decir, el Demiurgo o agente divino creador del mundo (§ 37) que se opone a Dios: 2,24— y que se comportan libertina o, más bien, idolátricamente al ingerir carnes sacrificadas a los ídolos: 2,14.20-23.

A la vez que consigno esta oposición a la gnosis por parte de ciertos autores neotestamentarios, debo señalar el hecho de que el cristianismo empleó también en sus primeros documentos conceptos de la gnosis para expresar su teología, sus interpretaciones de la vida y muerte de Jesús, el mensaje de este o la constitución de la Iglesia. Durante una época temprana de la Iglesia, en torno sobre todo al siglo II d.C., el cristianismo ortodoxo y el gnosticismo cristiano fueron fenómenos teológicos relativamente parecidos, al punto que para algunos observadores profanos era difícil distinguir entre los cristianos «ortodoxos» de la «Gran Iglesia» y ciertas ramas de gnósticos, por ejemplo, los llamados «valentinianos» (sucesores de Valentín, un maestro gnóstico de mediados del siglo II d.C.). Entre las ideas de los gnósticos, por ejemplo, estaba la de que la revelación se había hecho por sucesivos mensajeros divinos: el primero sería Adán, luego su hijo predilecto Set, luego otros... y finalmente Jesús, en el que se habría encarnado el Salvador. Después de este, y hasta el momento presente de cada gnóstico, había seguido la cadena de la revelación. Por ejemplo, ya desde el siglo II se defendió que uno de esos maestros había sido Felipe, uno de los doce, que había copiado todas las palabras que Jesús había dirigido a sus íntimos después de su resurrección:

Sucedió que una vez que Jesús hubo terminado de decir estas palabras, Felipe, que estaba sentado, escribía cada palabra que Jesús decía. Ahora bien, después de que esto ocurriera, Felipe se adelantó, se prosternó a los pies de Jesús y lo adoró, diciéndole: «Señor mío, Salvador, dame facultad para que hable en tu presencia y para que te interrogué sobre este discurso antes de que nos hables de los lugares a los que irás a causa de tu servicio». El Salvador compasivo respondió a Felipe: «Te doy autoridad para que des las palabras a quien las quieras dar» (PS 32,15 = 22: Gnosis eterna II 50).

Otro maestro entre los gnósticos fue Jacobo/Santiago denominado el «hermano del Señor», como indica especialmente el *Segundo Apocalipsis de Santiago*:

*Lo que se reveló fue escondido para todos y será revelado por medio de él (Santiago). Pero yo (Jesús, revelador del Dios Supremo) quiero hacer la revelación por medio de ti (Santiago) y el Espíritu poderoso, y que él haga la revelación a los tuyos. Y la puerta buena se abre por tu medio (para) los que quieren entrar y buscan caminar por el camino que está ante la puerta, y (para los que desean) seguirte y entrar, y que tú los hagas regresar (al Cielo/la corte celestial o Pleroma) y des el premio a cada uno de los que estén preparados. Pues tú (Santiago) no eres redentor ni socorredor de extraños (los que no son espirituales/pneumáticos/gnósticos; del griego *pneûma*, «espíritu»). Tú eres un iluminador y un redentor de los míos (los que pertenecen al Jesús revelador), y ahora también de los tuyos (los de tu grupo). Tú harás revelación, tú aportarás el bien para todos ellos (2 ApSant 47,10; 55,10-20: BNH III 104.107).*

El siguiente pasaje indica que la revelación podía hacerse en medio de ritos especiales a modo de iniciación, en los que los iniciados se saludaban con el ósculo ritual (§ 114):

Jesús (el Revelador) me besó en la boca y me abrazó diciendo: «Amado mío, he aquí que voy a revelarte aquellas cosas que los cielos no han conocido, como tampoco los arcontes (los ángeles encargados de los diversos cielos, a las órdenes del Demiurgo, creador del universo material: § 37). He aquí que voy a revelarte aquellas cosas que él (el Demiurgo) no conoció, aquel que se pavoneó y dijo: ‘No hay otro fuera de mí... ¿Acaso no ostento poder sobre toda cosa por el hecho de ser yo el padre (del universo)?’». (Sigue hablando Jesús): «He aquí que voy a revelarte todo. Amado mío, comprende y conócelo a fin de que surjas en la figura en la que yo existo. He aquí que voy a revelarte al Oculto (Dios supratrasendente). Pero ahora, tiende tu mano; ahora abrázate a mí»

(2 ApSant 56,10–57,10: BNH III 107-108; en 1ApSant 31,3-5: BNH III 91 es Santiago el que besa a Jesús).

Otro revelador afamado entre los gnósticos es María Magdalena. Según el tratado gnóstico *Pistis Sofía*, María Magdalena pide permiso al Salvador para preguntarle abiertamente durante sus apariciones después de su resurrección:

Jesús el misericordioso respondió: «María, eres bienaventurada; te completaré en todos los misterios; habla abiertamente; eres la que tiene el corazón más orientado hacia el reino de los cielos entre todos tus hermanos» (PS 26,10: Gnosis eterna II 47).

María Magdalena, constituida como reveladora de Jesús, explica luego estos misterios a los demás:

Pedro dijo: «Mariam, hermana, nosotros sabemos que el Salvador te apreciaba más que a las demás mujeres. Danos cuenta de las palabras del Salvador que recuerdes, que tú conoces y nosotros no, que nosotros no hemos escuchado». Mariam respondió diciendo: «Lo que está escondido para vosotros os lo anunciaré» (EvM 10,1-10: BNH II 135).

Y, efectivamente, María Magdalena explica a los apóstoles el contenido de su visión:

Después de decir esto, Mariam permaneció en silencio, dado que el Salvador había hablado con ella hasta aquí. Entonces, Andrés habló y dijo a los hermanos: «Decid lo que os parece acerca de lo que ella ha dicho. Yo, por mi parte, no creo que el Salvador haya dicho estas cosas. Estas doctrinas son bien extrañas». Pedro respondió hablando de los mismos temas y les interrogó acerca del Salvador: «¿Ha hablado con una mujer sin que lo sepamos, y no manifiestamente, de modo que todos debamos volvernos y escucharla? ¿Es que la ha preferido a nosotros?».

Entonces Mariam se echó a llorar y dijo a Pedro: «Pedro, hermano mío, ¿qué piensas? ¿Supones acaso que yo he reflexionado estas cosas por mi misma o que miento respecto al Salvador?». Entonces Leví habló y dijo a Pedro: «Pedro, siempre fuiste impulsivo. Ahora te veo ejercitándote contra una mujer como si fuera un adversario. Sin embargo, si el Salvador la hizo digna, ¿quién eres tú para rechazarla? Bien cierto es que el Salvador la conoce perfectamente; por esto la amó más que a nosotros. Más bien, pues, avergoncémonos y revistámonos del hombre perfecto, partamos tal como nos lo ordenó y prediquemos el evangelio, sin establecer otro precepto ni otra ley fuera de lo que dijo el Salvador» (EvM 17,9–19,5: BNH II 137).

Para entender la influencia de ideas gnósticas en el Nuevo Testamento y en el judaísmo, es necesario tener presentes los siguientes conceptos: A) el judeocristianismo y luego el cristianismo por antonomasia no son en principio otra cosa que una rama o secta del judaísmo; B) del mismo modo, la gnosis cristiana no es más que una derivación de la gnosis judía, que fue una exégesis del Antiguo Testamento que adaptó los dogmas bíblicos a las categorías del pensamiento religioso-místico helenístico, basado principalmente en un pitagorismo y sobre todo en un platonismo vulgarizados. C) El ámbito principal de esta reinterpretación es la explicación del origen del universo y, dentro de él, la existencia del ser humano junto con la aparición del mal en su entorno. La exégesis gnóstica judía versa fundamentalmente sobre los primeros capítulos del Génesis. D) En lo que se refiere a las fechas, este movimiento se inicia en el siglo I d. C. (es posible que hay leves indicios en el siglo I a. C.) y, a través de la mística talmúdica, enlaza con el esoterismo judío medieval.

La gnosis cristiana nace en los inicios del siglo II d. C., aunque sus antecedentes —podríamos denominarlos protognósticos— son quizás anteriores al siglo I, como he indicado aunque con dudas. Los gnósticos cristianos —y, sobre todo, su escuela más importante, los valentinianos— eran miembros de las comunidades cristianas de Alejandría, de Roma, de Lugdunum (hoy Lyon, Francia) y de África. Ireneo de Lyon (AH III 15,1; 16,6) dice que los valentinianos formaban parte del grupo cristiano, que pregonaban «pensar como nosotros» y «decir las mismas cosas y sostener las mismas doctrinas», por lo que no querían ser denominados herejes. Deseaban simplemente diferenciarse de los creyentes comunes, denominados por ellos «eclesiásticos», por una interpretación diferente del Nuevo Testamento, recibida —afirmaban— por una revelación divina especial y exclusiva.

Según Tertuliano, los valentinianos «afirman mantener la fe común» (*Contra los valentinianos* 1). Lo mismo atestigua Orígenes, en su *Comentario* al Evangelio de Mateo 33, e igualmente los gnósticos en algunas de sus obras, por ejemplo, el *Evangelio de Felipe* 6; 49; 95a, quien ratifica la noticia de Ireneo según la cual los gnósticos mismos «se auto-denominan eclesiásticos» para indicar que pertenecían al grupo común de los cristianos.

II. ORÍGENES INTELECTUALES DE LA GNOSIS Y DEL GNOSTICISMO

Como he señalado, la teología de los gnósticos es una «revelación/conocimiento de lo oculto». Ahora bien, lo «oculto» no puede imaginarse como algo parecido a lo considerado por la alquimia, en cuanto ciencia secreta que deseaba hallar la fórmula para convertir en oro cualquier

materia deleznable, cuando fuera conveniente. Lo oculto para un gnóstico no es nada susceptible de ser investigado por cualquier ciencia física o histórica, sino el sentido profundo, ignorado por la mayoría, de los escritos sagrados revelados por la divinidad. Esto lo creen firmemente y es presupuesto indiscutible.

Es en el ámbito judío o en el del judeocristianismo, pero en sus zonas marginales, donde creemos que nace la gnosis occidental. Los textos sagrados para los gnósticos no son solo judíos y judeocristianos, sino también algunos paganos, cuyos autores eran especialmente sensibles para con lo divino, como Pitágoras (en sus obras recogidas por sus discípulos) y Platón. De hecho, pensaron los gnósticos que estos dos autores fueron gentes santas e inspiradas por Dios que habían dejado para la humanidad una serie de escritos o libros esotéricos que debían ser interpretados correctamente, de modo que sus ideas podían ser añadidas a las incluidas en los textos de la Biblia completa, Antiguo y Nuevo Testamento.

Según cuenta Ireneo de Lyon en AH II 14,6; 101-117, la reducción de la generación del universo a los números es algo que los gnósticos toman de los pitagóricos. E Hipólito de Roma (para muchos autores, el Pseudo Hipólito) afirma:

Las doctrinas de Pitágoras y de Platón son aquellas sobre cuya base, y no (solo) a partir de los Evangelios, ha elaborado (el gnóstico) Valentín su doctrina, según ya demostré, de modo que más propiamente fuera tenido por pitagórico y platónico que por cristiano. Valentín, Heraclión y Ptolomeo con toda su escuela, son discípulos de Pitágoras y de Platón, y siguiendo a sus maestros presentaron su enseñanza en forma aritmética (Hipólito R VI 29,1: MT II 141).

Las ideas de Pitágoras sobre los números como generadores del universo y conformadores de su esencia fueron, pues, muy importantes para los gnósticos. El comienzo de la filosofía pitagórica reside en la observación de las diversas cualidades que poseen las cosas y los humanos. Tienen colores diversos o ninguno; formas diversas o son casi informes...; hay inmensa variedad. Pero es universal que todas las cosas son numerables. No se puede concebir un universo en el que el número no sea importante. Incluso se puede afirmar que el número es lo verdaderamente trascendental en la estructura del universo. Pitágoras y sus sucesores llamaron la atención sobre la existencia de la proporción, orden y armonía del universo. Y si la armonía de la música, por ejemplo, consiste en la proporción de los números, igualmente la armonía del mundo consiste en la proporción numérica de sus componentes. A partir de la idea de que el número es fundamental en la estructura del universo, que tiene en sí determinadas cualidades, y que el Uno es la base de los números,

los pitagóricos avanzaron hasta la idea de que el mundo está compuesto de números. Así, si Tales había afirmado que el agua era el principio fundamental de todo, los pitagóricos sostuvieron que el primer principio de las cosas es el número, y que el número es aquello de lo que están hechas todas las cosas. Todos los números nacen de la unidad, el Uno. Este es el primer número; los demás surgen de la acumulación o deducción de la unidad. Por tanto, la unidad es lo primero en el orden de las cosas en el universo. Consecuentemente, la gnosis pensó que el 1 es lo simple e inmediato; que el 2 es la diferencia y la mediación; que el 3 vuelve a ser unidad, puesto que une a los dos primeros números. Se engendra así la armonía, orden, proporción y leyes de lo que existe, armonía que solo puede estropearse por un fallo en el sistema mismo. Se incoa así una predilección gnóstica por la tríada, tétrada, hebdómada, ogdóada, década, etc., términos que recubren entidades que encontraremos a lo largo de la exposición de los textos gnósticos.

Sin embargo, más que Pitágoras es Platón, en todos sus escritos, el autor al que los gnósticos consideran inspirado por la divinidad, por lo cual intentan explicarlo en profundidad con la ciencia concedida por Dios a ellos solos. Particularmente importantes son las obras siguientes: el *Timeo* por sus ideas sobre la creación del mundo; la *República*, en sus secciones cosmológicas y éticas; el *Fedón*, que explica la inmortalidad del alma; el *Menón* con su tesis esencial de la preexistencia de las almas, y la consecuencia de que el aprendizaje de la virtud o de la ciencia está ligado al recuerdo que tiene el alma humana de una existencia anterior antes de ser arrojada a este mundo; el *Fedro*, que con el mito del carro y aurigas celestes, y cómo la velocidad desbocada de los caballos explica cómo el alma cae desde el éter a la tierra.

De todos modos, no conviene olvidar que en el ámbito judío los textos realmente básicos son los libros sagrados que componen la Biblia hebrea, en especial en su traducción al griego por los Setenta intérpretes. Y en el ámbito cristiano, el Nuevo Testamento.

Toda la «ciencia» de la gnosis como desvelamiento/conocimiento de lo oculto consiste en exponer a los privilegiados el sentido profundo de todos los textos sagrados que solo ellos entienden en realidad, gracias —como dijimos— al don de un conocimiento especialísimo, revelado, otorgado por la Divinidad suma.

Que ningún lector piense que esta revelación/conocimiento de lo oculto, va a llevarlo más allá de lo que la divinidad ha revelado sobre el origen del universo y del ser humano junto con el destino final de estos dos últimos. Ahora bien, el conocimiento de lo oculto en lo posible es importantísimo y vital, ya que conduce a la salvación eterna. Quien no penetra en los entresijos de lo oculto, lo velado en los textos sagrados, será aniquilado, o bien gozará de una salvación intermedia, no plena,

cuando el universo concluya su carrera y vuelva a ser de nuevo un mero «pensamiento» de la Divinidad.

Téngase también en cuenta que ese Dios considerado ingénito, absolutamente trascendente, omniperfecto, es «dibujado» a menudo con el apelativo de «Oculto», que se manifiesta, sobre todo en el tratado *Zostriano* de Nag Hammadi. En efecto, tras una revelación especial, el autor eleva una alabanza *al Dios viviente e ingénito que está en la verdad, y al Oculto ingénito, y al Protomanifestado, el Intelecto y varón perfecto, al niño trimasculino, invisible y al divino Autoengendrado* (Zos 44,25-32: BNH I 292).

Esta descripción del Dios oculto, ininteligible para quien no conozca el sistema, se tornará relativamente clara cuando el maestro gnóstico explique —a partir de una especulación (revelada) sobre las Escrituras— qué o quién es el Oculto (21), el Protomanifestado (129) y barrunte que el trimasculino o triple varón invisible (no explicado nunca explícitamente en diversos tratados de Nag Hammadi que lo nombran, como All 45,35; 46,15,25; EvE 42,10) no es otro que el Padre Ultratrascendente que es padre-materno, y cuando sepa que, si se trata del Hijo (el triple varón es un infante/niño: EvE 62,1; Zos 61,10), este Hijo es en realidad generado en el seno del Padre, por lo cual este Padre es tres veces andrógino y ultraperfecto, lo que se expresa principalmente por la masculinidad (110, 286, 338).

Tres ejemplos del proceder gnóstico

Estas raíces del sistema gnóstico de pensamiento no siempre, ni mucho menos, han quedado aclaradas en las traducciones a disposición del público. Si se observan las ediciones con subtítulos de textos gnósticos, se verá como una buena parte de tales obras no son otra cosa que aclaraciones esotéricas del sentido profundo de fragmentos del Génesis y otros libros bíblicos; de pasajes de Pablo o del Evangelio de Juan en el Nuevo Testamento, obras que pueden ser las más complicadas de entender. El pensamiento de Pitágoras o de Platón queda en el trasfondo, pero es perfectamente discernible. El modo y manera de la exégesis escrituraria gnóstica se entenderá por medio de unos ejemplos de tres grupos gnósticos diferentes. El lector se quedará asombrado.

1. Origen del hombre y de la mujer según el Antiguo Testamento (releído, repensado y reinterpretado)

El primer ejemplo —es muy posible que el lector no lo entienda en este momento, sino cuando conozca el sistema completo de la gnosis— está tomado del *Apócrifo de Juan*, un escrito de la rama setiana del gnosti-

cismo (descendientes directos de Set, hijo predilecto de Adán). Su autor —siguiendo el relato gnóstico general— concebía que su propio origen como ser humano procedía de ese hijo especialísimo de Adán, Set, el cual había generado a los hombres «espirituales» (vocablo equivalente a «gnóstico»). A lo largo de los siglos esta progenie se fue perpetuando hasta que llegó el momento de la aparición en la tierra del Salvador, Jesús.

El trasfondo para comprender el texto es lo que se cuenta en el Génesis en los capítulos 2 y 3 interpretados gnóticamente: el Creador-Yahvé-Demiurgo del universo material (§ 37), distinto del verdadero Dios (§ 4), crea torpemente a Adán. Este no puede ni siquiera erguirse. La madre del Demiurgo-Creador, el eón Sabiduría Inferior/Achamot, situada en el exterior al Pleroma (por lo que se denomina a menudo, y confusamente Sabiduría Exterior, ya que su madre, Sabiduría Superior, vive momentos en los que es exterior al Pleroma hasta que, arrepentida, es admitida de nuevo a él), engaña a su hijo y le dice que insufla a Adán su propio aliento. El Demiurgo-Creador obedece y, al hacerlo, queda desprovisto de su propio espíritu, que pasa a Adán. Por ello Adán es superior a su propio creador. Otros detalles se explicarán ulteriormente: § 25 al § 31 (para Sabiduría Inferior); § 56, § 61, § 62, § 63 (para la creación del ser humano). Así pues, el texto que sigue recogería las enseñanzas que, para instruir a sus seguidores, recibió el apóstol Juan por medio de una aparición de Jesús, el Salvador.

Adán en el paraíso (Gn 2,8-9):

Los arcontes (ángeles ayudantes del Creador=Yahvé/Demiurgo: § 39) *arrebataron* (a Adán del lugar donde estaba tras ser creado) y *lo pusieron en el paraíso, diciéndole: «¡Come!... del denominado por ellos ‘árbol del conocimiento del bien y del mal’ —esto es, la intelección luminosa»*— (279); el árbol no proporciona la intelección luminosa a Adán, como su auxiliar, una intelección llena de luz y de comprensión inteligente, que ayuda al primer hombre a distinguir entre el bien y el mal, sino que Adán la posee por sí mismo. Así pues, la ciencia que ese árbol iba a otorgar a Adán al comer de su fruto, la tenía de hecho ya el primer hombre antes de su lapso; Adán conocía perfectamente la diferencia entre el bien y el mal por ser él el primer profeta de la humanidad y en ese sentido era igual a Dios. Su pecado —comer de la fruta prohibida— no es, pues, un deseo de alcanzar un conocimiento del bien y del mal que lo haría igual a Dios, puesto que ya lo tenía, sino de desobediencia a su Creador, el Demiurgo. Los naasenos/ofitas (203) alaban a la serpiente porque incitó a Adán a enfrentarse al Demiurgo o Dios secundario y necio (223), a pesar de las consecuencias.